

EL AMOR A LA VERDAD

Querido amigo:

¿Mi opinión sobre la filosofía? Hela aquí. Se la expongo con todo el candor de la inocencia de un hombre de mis años.

De mi confesión, empero, no deduzca usted nada; si alguna frase le pareciera preñada de consecuencias, no la obligue a parir. Sólo a este pacto puedo resolverme a hablar. De que alguien sostenga que el Aconcagua no es tan alto como se cree, no se sigue que él se crea más alto que el Aconcagua.

El más grande vicio orgánico de nuestras razas es la propensión a la idolatría y la necesidad de sacrificar a alguien ante nuestro ídolo. La antropotusía no es verdad que haya desaparecido. Nada desaparece de una raza; la conservación de los elementos constitutivos de cada raza es más cierta que la de la materia y las fuerzas. Si un elemento parece haberse desvanecido es que de sensible se transformó en latente; lo que cesa de mostrarse aquí, se manifiesta allá y nace el problema de saber si lo que se llama civilización y no es otra cosa que transformación en latente de lo manifestado, es un bien o un mal. En terapéutica el internarse de una enfermedad es un mal.

Todas las estatuas que usted ve en las plazas de las ciudades latinas no hacen más que ocupar el lugar de las de los dioses que se admiraban en Atenas y Roma. Un ejército de hombres de levita y ropa interior ha derribado los desnudos dioses de sus pedestales, sustituyéndolos en la admiración de los transeúntes. Donde había la radiante frente del intonso Apolo se levanta hoy una calva; en vez de las

hermosas líneas de una pantorrilla, los ojos chocan con un pantalón, ni cortado siquiera a la medida; la perilla ha reemplazado la barba de Júpiter; el reloj y la cadena la égida; y hasta los manoseados botones toman parte en la apoteosis.

Nos extraña que los griegos y los romanos estuviesen persuadidos de que los dioses se elijan como los magistrados, no siendo menos eficaz el nombramiento; que se postrasen a los pies de dioses cuya divinidad era un don de ellos mismos, y no caemos en la cuenta de que nosotros no hacemos otra cosa; que es el producto de una subscripción el pedestal que los levanta sobre nosotros y que para conseguir su deificación, ya en el mármol, ya en el bronce, han tenido que apelar por medio de los diarios a nuestro bolsillo.

¿Qué es lo que se adora en esos númenes cuyas prendas de tocado llevan la marca de Gath y Chaves? Nada: su divinidad es nuestro don, y por eso mismo ¡pobre de él quien no la reconozca! No podemos hacernos ni hermosos, ni ricos, ni inteligentes, ni educados, ni bien vestidos: pero podemos hacer dioses y esta prerrogativa nos compensa de todo lo demás. Y tanto mayor es nuestra satisfacción cuanto más grandes y manifiestas han sido las deficiencias del sujeto que se deifica: todo en nuestros dioses ha de ser regalado por nosotros.

Es de veras admirable el poder que tiene el hombre de dar realidad a los productos de su fantasía. Si usted se pone un par de astas, su sensibilidad no se extiende cuanto su locura; quiero decir que las astas quedan secas, y no reaccionan ni contra las moscas, ni contra los bichos colorados.

No sucede así con estos dioses; la sensibilidad de un pueblo o de una nación reside en ellos; se vuelven los callos de aquel pueblo o de aquella nación, y ¡cuidado con pisárselos! Usted comprenderá ahora lo peligroso del empeño en que me quiere poner. Descartes es un callo de la nación francesa; Kant un callo de la alemana. Vueltos ya dioses, no es permitido en su presencia ni escupir, ni quedar con la cabeza cubierta, ni reír. De Dios y de Cristo la sensibilidad pública se ha retirado; pero no de esos monigotes. Usted no

puede siquiera tocarlos sin que mil voces griten ¡ay!, sin que se agite alguno de los espíritus colectivos reclamando su cabeza.

Vamos. Usted me sostendrá que no eran menos ficticios los númenes antiguos, y que si yo quiero derribar a Schelling o a cualquier Müller o Wolf, es para poner en su lugar a Platón o a Aristóteles. Acaso sea usted pragmatista y profese que el hombre crea la realidad.

Pues bien, se equivoca. Yo admito una realidad independiente de mí; no sé desprender la conciencia de este clavo que la sujeta; ni tampoco admitir, fuera del caso de una litiasis, que un hombre cree una piedra. No por eso niego el poder de la fe: admito que para uno se vuelve real aquello en que cree de veras, y que si yo pudiera creer, pero enteramente, que estoy viéndolo a usted, lo vería. Con todo, pienso que si usted no estuviese presente la mía sería una ilusión.

En el sueño lo que da realidad a las visiones no es otra cosa que la fe. Pero yo sé que esto sucede en el sueño. Despierto no podré jamás creer que usted sea una proyección mía; y el llegar hasta allí para mí será siempre indicio de locura.

Siendo, pues, así, nadie me hará jamás creer que si hay un Dios es hechura mía.

Reconozco los efectos admirables de las bebidas alcohólicas, y que bajo la acción de Baco sale de nuestro carozo psíquico un mundo, substituyéndose al real; pero no puedo conformarse a confundir la filosofía con una botella de caña.

Sé demasiado hasta dónde puede uno ilusionarse, mas no veo que sea bueno querer formarse ilusiones, hacer de la filosofía un substitutivo del opio, y esforzarse en hipnotizarse. Cuanto más uno logre disfrazar la realidad, tanto más rudo será el choque que habrá de despertarle.

Unico empleo digno de la mente humana me parece ser el servirse de ella para conocer la realidad; y sólo entonces será posible hacer verdaderamente reales nuestros sueños. ¡Qué de sueños de nuestros antepasados son hoy día rea-

lidad! ¡Desde el fonógrafo hasta el aeroplano! Ciertamente que mejor hubiese sido que el fonógrafo no pasara de un sueño...

Por consiguiente, siendo tales mis convicciones, mi preferencia por los antiguos no es cuestión de idolatría; los prefiero, los leo con mayor confianza, no porque sean dioses menos ilusorios, sino porque no tenían prevenciones, y por lo mismo que no conocían la realidad, no tenían interés ninguno en disfrazarla.

Hasta Platón sigo la filosofía con gusto; después de Platón, estoy íntimamente persuadido de que el seguirla es un mal, un delito.

¿Es que Platón resolvió el problema del ser y el conocer? Platón, amigo querido, no resolvió nada. No admiro a Platón por los resultados de sus pesquisas, antes, si he de ser sincero, no lo admiro por ningún motivo, persuadido como estoy de que yo también llegaría adonde él, de tener su ingenio y hallarme en las mismas condiciones de ambiente. Nunca he admirado al águila porque vuela, pareciéndome al contrario muy natural que se la debería admirar si no volara.

Mas, si Platón no me causa admiración, me inspira, sin embargo, una gran confianza, y ello por su sinceridad. Él ama realmente la verdad: es la verdad y no otra cosa lo que él anda buscando, y doquiera llegue, llega llevado por aspectos de la realidad que se manifiestan a la conciencia de todos. La verdad él la ignora; pero está dispuesto a aceptarla, cualquiera que sea: no se le ocurre someterla a condiciones, pedirle títulos, imponerle la medida en que debe entregarse. Él recoge y limpia una migaja de verdad con el mismo cuidado que un trozo.

Si hay algo indudable es que la verdad no sufre violencia, que la condición para llegar a ella es amarla sinceramente, y que rechazarla si no se entrega toda entera es pretensión que raya en locura.

Todas estas condiciones se encuentran en Platón, así como en sus predecesores, y por ello ando con él con el mayor placer, con él me alegro de sus hallazgos y me río con él

de sus decepciones. Poco importa que su especulación sea vana: me basta que sea sincera. No rehuyo la compañía de nadie, con tal que de por medio no haya disfraces, disimulaciones, hipocresía.

Escucho, pues, con agrado a Platón, agradeciéndole sus consejos y las vistas que me comunica, todo lo que me dice, porque antes se lo dice a sí mismo. Pero con agradecérselo y todo, es de mi experiencia de donde procuro sacar el concepto de la realidad, y no de la ajena, aunque sea la de Platón; si bien no puedo disimular que cuando sus inducciones coinciden con las mías experimento un verdadero placer. Confieso que ver en Platón a un precursor mío me extraña amablemente y me le hace estimar más todavía.

Platón, al acercárseme, no me pide renuncia alguna. Me pregunta si yo también soy amante de la verdad, y yo le contesto que tanto como amante no, pero sí amigo; que uno es amante de una mujer, y no de la luna.

Platón sonríe y no disimula que su amor a la verdad raya en pasión, aunque nunca la viera ni sepa en dónde tenga su Toboso.

Después de estos preliminares, me ofrece su mano de aristócrata y me convida a que la acompañe en buscarla, poniendo mis ojos, con gafas y todo, a su disposición. Así es como yo lo quiero a un filósofo. Pero uno que sin conocerme siquiera, sin saber ni qué gustos, ni qué disposiciones tengo, se me acerca y pretende que me ponga a dudar, tenga yo ganas o no, porque para él no hay como la duda para llegar a la verdad, ¿qué impresión puede producirme sino la de un grosero y un entrometido?

Yo dudo, pero cuando dudo; y no me parece menos indecente provocar la duda que el estornudo, sea con el rapé, sea con una paja. ¿Cómo puede ser sincera la duda que uno se impone?

"Usted, dice Descartes, no quiere comprender que lo que yo pretendo es una duda sistemática". No sé si mirarlo con compasión o con desprecio. ¿Cómo es posible que un hombre que está en sus cabales se diga: "Ahora me pongo a

dudar de todo"? ¡Y tal gente que empieza con una ficción presume llegar a la verdad!

Veo lo que veo, y lo que veo para mí es cierto. Nunca he tenido motivo para dudar de mis ojos, y muchas veces he tenido que persuadirme de que son mucho más listos que yo. Una vez me presentaron como torcido un bastón sumergido a medias en el agua y los acusé de embusteros sin que ellos me pudieran contestar. Al estudiar óptica me di cuenta de mi error y de que, torciendo el bastón, me indicaban los ojos, del solo modo posible para ellos, la gran ley de la refracción de la luz.

Tanto como en los ojos confío en mi razón que nunca me engaña. Hay casos, y muchos, en que yo la obligo a llamar blanco lo negro, pero sin conseguirlo sino en apariencia, porque algo así como el canto de una hormiga, una voz que no se describe, sigue diciendo en mis adentros: negro, negro.

Ahora ya me he acostumbrado a tratarla mejor y a no hacerle violencia; y desde que hice la paz con mi razón, toda la bóveda azul de mi alma se ha despejado.

Pues bien: ahora se me acerca Kant, por más señas con su flotante corbata sucia de rapé; y por primera cosa se mofa de mí y quiere que toque el timbre y llame la razón, para hacerle, como los detectives, *algunas preguntas*. Y no basta, porque pretende que mis ojos, mis oídos queridos y hasta ese pobre olfato, están todos conjurados con la razón para engañarme. De donde le venga esa manía de las persecuciones no alcanzo a entender, y a mi turno le pregunto en qué funda sus acusaciones. Me contesta que le quisieron dar a creer que hay un sol, una tierra, montes, ríos y mil mentiras por el estilo!

Usted apenas puede admitir locura tal. Él entonces lo aterra a usted por un botón y se empeña en que lo siga, pero a condición de que antes haga usted el sacrificio de su sano juicio: sobre este particular no admite transacciones.

Descartes presume que su método lleva a la verdad: ha descubierto la piedra filosofal y el secreto de fabricar el oro. ¿Por qué, entonces, no muestra el oro que ha fabricado?

Mientras dure la tuberculosis no creeré jamás en la eficacia de los sueros para combatirla, y no los consideraré sino como robos perpetrados en nombre de la ciencia. Para mí, cualquiera que habla del método, es un charlatán. Para llegar a la verdad todos los caminos son buenos y ninguno lo es.

¡Usted me citará el método experimental! El error está en considerarlo como método para llegar a la verdad, y no como un medio para cerciorarnos de haberla descubierto. No hablan de saber si hay modo de verificar, después de descubierto un diamante, si es un diamante o un trozo de vidrio; sino de si hay un método que lleve infaliblemente a descubrir diamantes.

“Las etapas del método experimental son: la observación...” ¡Basta, basta! Si usted es capaz de practicar la observación, habrá notado que no se observan sino los hechos que se hacen observar. Sin aquella lámpara de la catedral de Pisa, Galileo no habría parado mientes en el isocronismo del péndulo; y si la famosa pera, quizás indignada de la torpeza de Newton, no se decidía a caerle sobre la nariz, él nunca habría pensado en la atracción universal.

¡Si todo esto es tan evidente! La atención fluye, es de suyo la cosa más resbaladiza, y no se detiene sino cuando el acaso subraya vigorosamente un hecho. Fué la pierna de una rana la que sacó a Galvani de su aturdimiento; es a un farol, con cuya luz empañada tropezó Galileo Ferraris, que se deben los campos magnéticos rotatorios. Y es que si el mismo hecho no nos obliga a observarlo, la observación es estéril. ¿Cómo, pues, puede llamarse método el acaso?

La filosofía empieza por la afirmación de Tales, de que todo en el mundo es agua; mas esta misma observación nunca se le habría ocurrido a Tales si el acaso no lo hubiese hecho caer en un pozo.

La duda puede ciertamente llevar a grandes hallazgos; pero para que ello sea posible, es menester que se presente por sí sola: se necesita un hecho en contradicción con una creencia, es decir, el tropiezo consabido.

La duda sistemática, aparte la imposibilidad de que sea sincera, podrá conducir al hospicio de alienados, pero no a la verdad. ¿Cómo puede ser base de un método una ficción?

Helo aquí a Kant con un poste, que va a fijar el término de la razón! ¡El criticismo! ¡Hay que determinar antes los límites del campo, dentro de los cuales la razón puede obrar con éxito! ¡Qué pretensión! Yo precisamente quiero que mi razón no vaya a pastorear sino más allá de aquellos límites. "Pero, me dice Kant, no podrá usted jamás llegar a la certidumbre absoluta!"

Contestaré que nunca me ha seducido ir a la caza de la certidumbre absoluta; que la certidumbre depende de motivos psicológicos; que nadie busca la sopa absoluta, sino la sopa que baste para saciar el hambre. Ni el sol con toda su luz logró hacerse admitir por Kant: tan es verdad que ninguna evidencia basta a producir la certidumbre si ésta no encuentra en una mente disposiciones para producirse.

¿Quería Kant contralorear la razón? Había un medio. Irritar su masa cerebral hasta producirse en ella otra razón, distinta de la que tenía. Contralorear la razón es encerrarse en un círculo sin salida.

Lo que de veras Kant consiguió fué demostrar que por más grande que se suponga, la necedad es en el mundo todavía mayor.

No hay más que una cosa preciosa en el mundo: el sano juicio. Dando con él, se tiene la solución de todos los problemas. Y nunca iré yo con personas cuyo único objeto es embotarme mi sano juicio. Toda esa especulación ha nacido, dice Nietzsche, del miedo de dar con la verdad. Para no ser obligados ni por la razón ni por los sentidos a rendirsele, han presentado querella contra la razón y los sentidos. Lo que admira es que el esfuerzo de substrarse a la verdad encontrara tanto favor.

Pero yo vuelvo a Platón; es decir, me esfuerzo en remover de mi espíritu y de mi conducta cuanto pueda crear un interés contrario a la verdad.

No me importa no encontrarla. ¡Quién sabe si su posesión no me envaneciese! Sus frutos se recogen no tanto con poseerla como con amarla. El reino de Dios está hecho no para que venga, mas para que se desee su venida. A semejanza de una criatura, yo me pongo en los brazos de mi razón, sin buscarle los pechos con el descaro del criticismo. También ella tiene su pudor, y no seré yo el que revele la goma de sus turgencias. Mis sentidos juegan risueños a mi alrededor como otros tantos Santos Juancitos en torno del Niño Dios. Lo que descubro desde el idilio de mi Belén no es como para dicho en pocas palabras.

*«Nosotros», enero de 1913, con
el seudónimo Hans Friedrich.*